

Tras el comentado episodio de la introducción de Santa Claus en La Cuchilla se recrudeció la animosidad prevaleciente entre Peyo Mercé y el supervisor Rogelio Escalera. Este, mediante carta virulenta y en términos drásticos, ordenaba al viejo maestro que redoblase sus esfuerzos y enseñase a todo trance inglés: “so pena de tener que apelar a re cursos nada gratos para él; pero saludables para la buena marcha de la educación progresista”. Ese obligado final de las cartas del supervisor se lo tenía bien sabido, y con un mohín de desprecio tiró a un lado la infausta misiva. Lo inusitado del caso era que con ella le llegaban también unos libros extraños de portadas enlucidas y paisajes a colorines, donde mostraban sus rostros unos niños bien comidos y mejor vestidos.

Peyo agarró uno de los libros. En letras negras leíase: Primer.

Meditó un rato y rascándose la oreja masculló:

—Primer, eso debe derivarse de primero y por ende con ese libro debo iniciar mi nuevo vía crucis. Otra jeringa más. ¡Y que Peyo Mercé enseñando inglés en inglés! Quiera que no voy a tener que adaptarme; en ello me van las habichuelas. Será estilo Cuchilla. Si yo no lo masco bien, cómo lo voy a hacer digerir a mis discípulos? Míster Escalera quiere inglés, y lo tendrá del que guste.

Y hojeó rápidamente las olorosas páginas del recién editado libro.

De las reflexiones lo fue sacando la algarabía de los niños campesinos que penetraban en el vetusto salón. Los mamelucos de tirillas manchosas de plátano, las melenas lacias y tostadas, los piececitos apelonados del rojo barro de los trillos y en las caras marchitas el brillo tenue de los ojos de hambre.

La indignación que le produjera la carta del supervisor, se fue disipando a medida que se llenaba el salón de aquellos sus hijos. Los quería por ser de su misma laya y porque les presentía un destino oscuro como noche de cerrazón.

—Buenos días, don Peyo —proferían y con ligera inclinación de cabeza se adelantaban hacia sus bancos-mesas.

A Peyo no le gustaba que le llamaran míster:

—Yo he sido batatero de la Cuchilla, y a honra lo llevo. Eso de míster me sabe a kresto, a chuingo y otras guazaberías que ahora nos venden. Estoy manchao del plátano y

tengo la vuelta del matojo.

Se asomó a la mal recortada ventanita en el rústico tabique como para cobrar aliento. Sobre el verde plumizo de los cerros veteados de cimbreantes tabacales, unas nubes blancas hinchaban sus velas luminosas de sol. En la llama rada roja de unos bucajos los mozambiques quemaban sus alas negras. Y sintió que le invadía un desgano, una flojedad de ánimo, que le impelía más bien a encauzar su clase al estudio de la tierra, la tierra fecunda que fruteaba en reguero de luces, en coágulo de rubíes. Le era penoso el retornar a la labor cotidiana, en pleno día soleado. Y doloroso el tener que enseñar una cosa tan árida como un inglés de Primer.

Con pasos lentos se dirigió al frente del salón. En los labios partidos se insinuaba la risa precursora del desplante. Un pensamiento amargo borró la risa y surcó la frente de arrugas. Hojeó de nuevo el intruso libro. No encontraba en él nada que despertara los intereses de sus discípulos, nada que se adaptara al medio ambiente. Con júbilo descubrió una lámina donde un crestado gallo lucía su frondoso rabo. El orondo gallo enfilaba sus largas y curvas espuelas en las cuales muy bien podía dormir su noche un isabelino. “Ya está; mis muchachos tendrán hoy gallo en inglés”.

Y un poco más animado se decidió a enfrentarse serenamente a su clase:

—Well, children, wi are goin to talk in inglis tудay.

Y mientras estas palabras, salpicadas de hipos sofocantes salían de su boca, paseaba la mirada arisca sobre los rostros atónitos de los niños. Y como para que no se le fuera la “rachita” inquirió con voz atiplada:

—¿Underestán?

El silencio absoluto fue la respuesta a su interrogación.

Y a Peyo le dieron ganas de reprender a la clase, ¿pero cómo se iba a arreglar para hacerlo en inglés? Y volvió a asomarse a la ventanita para cobrar ánimo. Una calandria surcaba la plenitud azulina —pétalo negro en el viento—. Y sintió más su miseria.

Ansias de liberarse.

Aprovechó el momento para ensayar la pronunciación de la palabra que iba a enseñar. Y haciendo una grotesca mueca seguida de un sonido semejante al que se produce al estornudar, masculló: —cock, cock, cock. Y hastiado increpó: “Idioma del diablo”.

Y se decidió a intentar un método que se apartaba algo de lo aconsejado en las latosas pláticas pedagógicas de los eruditos en la materia.

Reinó el silencio en el salón. Peyo era querido y respetado por sus discípulos. ¡Cosa esta inexplicable para Rogelio Escalera!

Peyo desconocía los últimos estudios sobre la personalidad del maestro y más sobre psicología del niño. No le gustaba concurrir a las “amañadas clases modelo”, cosa esta en la cual se fijaba mucho el supervisor.

Un chorro de luz clara penetraba por la ventanita moteando en rojo los rostros pálidos y cabrilleando inquieta en las sueltas cabelleras.

—Bueno, muchachos, vamos a rejentar hoy un poco en inglés, inglés a puras.

Y mientras las palabras brotaban trabajosas, pensó echar a voleo su discursito alusivo a las bienandanzas de lo que iba a poner en práctica. Pero la sinceridad era su defecto capital como maestro.

Sentía que se le formaba un taco en la garganta, y con los dedos convulsos se aflojaba el nudo de la desteñida corbata para librarse de la opresión. Maldijo en lo más remoto del subconsciente unas cuantas cosas, entre ellas al supervisor que lo quería hacer nadar en aguas donde el que no es buen pez se ahoga. Y con resignación musitó: “A fueyte y a puya cualquier yegua vieja camina”. Y la frase jíbara cobró en su mente toda su dolorosa realidad.

Y Peyo rebuscó en su magín todos los devices que se aconsejaban en los libros versados en la enseñanza del inglés. La mente de Peyo estaba entenebrecida como noche de barrunto un atajo, un atrecho, una maña, que me saquen al camino”, clamó.

Y remeciéndose la atribulada cabeza entre los toscos dedos, ante el asombro de los alelados discípulos, dejó caer estas palabras:

—¡Qué paraíso sería esto, si no fuera por el supervisor y sus mojigangas!

Y convencido de que baldíos serían sus esfuerzos para conducir su clase en inglés, como otras veces se agenció un me dio propio, “un corte”, como él los denominaba. Y optó por hacer una mixtura, un mejurje, un injerto. “Y que saliera pato o gallareta”.

Levantó el libro sobre las cabezas de sus discípulos. Y con el índice manchoso de tabaco mostró la lámina en que se extasiaba el soberbio gallo.

—Miren, this is a cock. Repitan.

Y los muchachos empezaron a corear la palabra en forma inarmónica: cock, cock, cock. Y Peyo, los nervios excitados, la cabeza congestionada, gritó desaforadamente:

—¡So!, más despacio; ya estos condenados me han formado la gallera aquí mismo.

Se apagaron las desentonadas voces. Peyo se ahogaba del calor. Se alejó otra vez hacia la ventanita. El sudor empapaba su coloreada camisa. Le hacía falta aire, mucho aire. Y se detuvo un momento, las manos agarradas como garfios al marco desnivelado de la ventana.

Inconscientemente fijó la mirada en el chorro de la quebrada vecina —una lágrima fresca en la tosca peña. Y envidió al hijo de la Petra que sumergía la sucia cara en las aguas perladas de sol.

Hastiado, se decidió a salir lo más pronto posible del lío en que se había metido. Y con pasos nerviosos se dirigió al frente de la clase:

—Ya ustedes saben, cock es gallo en inglés, en americano.

Y volvió a señalar con el dedo manchoso de tabaco al vistoso gallo:

—Esto en inglés es cock, cock es gallo. Vamos a ir poco a poco, que así se doma un potro, si no se desboca. ¿Qué es esto en inglés, Teclo?

Y este, que estaba como pasmado mirando aquel gallo extraño, con timidez respondió:

—Ese es gallo pava.

Y el vetusto salón se estremeció con el cascabeleo de las risas infantiles. Peyo, disimulando la gracia que le producían aquellas palabras, frunció el entrecejo, por el aquel de no perder la fuerza moral, y con sorna ripostó:

—Ya lo sabía, este se cuela en la gallera de don Cipria. ¡Y que gallopava! Este es un gallo doméstico, un gallo respetable, no un gallo “mondao” como esos de pelea.

Y volvió a inquirir:

—¿Qué es esto en inglés?

Y los niños entonaron la monótona cantinela: cock, cock, cock. Y Peyo se sintió bastante complacido. Había salido ileso de aquella cruenta pelea. Repartió algunos libros e hizo que los abrieran en la página en que se “istoriaba” el fachendoso gallo.

—Vamos a leer un poco en inglés.

Los muchachos miraban con sorpresa la página y a duras penas podían contener los bufidos de risa.

Se le demudó el rostro. Un calofrío le atravesó el cuerpo.

Hasta pensó presentar la renuncia con carácter irrevocable al supervisor. “Ahora sí que se le entorchó a la puerca el rabo”. Y a tropezones, gagueando, la lengua pesada y un sabor a maya en los labios, leyó:

—This is the cock, the cock says: coocadoodledoo.

Y Peyo se dijo para su capote:

—O ese gallo tiene pepita, o es que los americanos no oyen bien.

Aquello era lo último. Pero pensó en el pan nuestro de cada día.

—Lean conmigo: The cock says coocadoodledoo.

Y las voces temblaban en el viento mañanero:

—Está bien... Tellito, ¿cómo es que canta el gallo en inglés?

—No sé, don Peyo.

—Pero mira, muchacho, si lo acabas de leer...

—No, gimió Tellito, mirando la lámina.

—Mira, canuto, el gallo dice: coocadoodledoo.

Y Tellito, como excusándose, dijo:

—Don Peyo, ese será el cantío del manilo americano, pero el girito de casa jace: cocoroco clarito.

Peyo olvidó todo su dolor y soltó una estrepitosa carcajada, que fue acompañada de las risas frescas de los niños.

Asustado por la algazara, el camagüey de don Cipria batió las tornasoladas alas y tejió en la seda azul del cielo su “cocoroco” límpido y metálico.